

interés profundo por un troyano, héroe infeliz y fugitivo. No bien determinadas todavía las ideas de su mente y las pasiones de su corazón, ora se muestra Dido compasiva por las innumerables desgracias de su Eneas, ora por las viejas relaciones entre su patria y su padre con los padres y la patria del náufrago. Lo cierto es que conduce á Eneas dentro de su palacio, dispone la celebración de su encuentro en todos los templos y envía ricos presentes á los compañeros de su dolor y su infortunio. El palacio de Dido arde con tal ocasión propicia en fiestas y en festines. Penden de las paredes riquísimos tapices; arrebolan estos tapices con sus reflejos de carmín la púrpura de Tiro, mientras brillan sobre las ebúrneas mesas y junto á los multicolores lechos los vasos y los jarrones de plata y oro cincelados con relieves, parecidos á una epopeya compuesta de armoniosas líneas. Eneas, no sabiendo cómo agradecer á Dido tantos obsequios, manda traer los despojos troyanos reunidos con él en sus naves; las túnicas admirables donadas á Helena por su madre cuasi diosa; el cetro llevado por Ilione, la primogénita de Príamo; los collares de perlas y los joyeles de oro y pedrería salvados al incendio de Troya. Venus, madre del héroe, se complace mucho con tales distinciones; pero temiendo un refriamiento en ellas y una desgracia, por ende, irremediable de su adorado Eneas, quiere alzarle allí algo más que un hogar hospitalario debido á los afectos de amistad; un trono alto y propio, desde cuyas cimas pueda reinar sobre poderosas gentes y evadirse á las iras y cóleras de Juno. A este fin transforma su Cupido, el dios de los amores, en Ascanio, el hijo de su Eneas, y le comisiona ó expide para que, al abrazarlo Dido en sus senos y jugar con él á guisa de muchachuelo inocente, transfunda éste por sus venas las ponzoñas de su encendido amor. Cupido cumple, como siempre, las órdenes de su madre. Pero en el espacio que mediara entre los primeros asomos de su amor y la erupción ya tempestuosa, quiso conocer toda la historia del héroe, desde su despedida del reino troyano hasta su llegada más ó menos feliz á las riberas líbicas. Eneas, después de pintar la última noche troyana, cuenta cómo recorrió los mares frigios; Creta, la isla de los misterios; Delos, el templo de Apolo; aquellos bosques de Ida, donde surgieran los fragorosos coribantes; Naxos, por cuyas montañas elevadas corre

Baco ebrio; el mar de las arpias tan terribles y nefastas; las tierras donde se alzan altares á la luz del sol y reina con dominación tranquila el rey Heleno; los golfos y muros de Tarento; las faldas inmensas del Etna, heridas por terremotos continuos; la epiléptica Trinacria por los estremecimientos del volcán azotada y en tierra firme removida como los navíos por el viento; la feliz Selinunto con sus palmeras orientales, y la temible Lilibea con sus escollos multicolores, uniendo por tan maravillosa manera en su relato histórico los combates de la *Iliada* con los viajes de la *Odisea* por verdaderas armonías y en varias narraciones de todo punto épicas. Nada interesa tanto el corazón de las mujeres como el combate y la guerra en los hombres. Aunque Dido comenzó á sentir, desde que abrigara en su regazo al fingido Ascanio, la profunda pasión que Venus había querido sugerirle, aquellos relatos de la pugna con los hombres y de la pugna con los elementos sirviéronle para encender y acrecentar más y más el fuego de su pecho, á cuyo calor corría con vertiginosa celeridad la sangre de sus venas impedida por los golpes de un corazón en delirio. Así, al mismo tiempo que las hermosas facciones por su imaginación esculpidas con arte van quedándose grabadas en el pecho, las palabras oídas de sus labios coloran todo aquel conjunto con reverberaciones encendidas. La primera consecuencia del estado del ánimo en que cayó la reina fué su falta de sueño. En vano quiso contraerlo cerrando los párpados con verdadera porfía y combatiendo tenaz las imágenes relampagueantes por su retina y las ideas hirvientes en su corazón. El sueño no caía sobre sus ojos, y mucho menos la tranquilidad sobre su espíritu. Así el primer albor no había dorado todavía las líneas del Oriente cuando ya estaba Dido, tras aquella noche de insomnios y pesadillas, requiriendo algún confidente y alguna confianza capaces de recibir sus hondísimos secretos y aliviar su lacerado corazón. Nadie como su hermana para esto de compartir las penas del alma y granjear un delicado consuelo. Encaminóse, pues, Dido á las habitaciones de Anna, y le contó lo que pasaba por ella en presencia del náufrago. Su aire noble, sus ademanes distinguidos, la hermosura de varón que revelaba todo su curtido cuerpo, las guerras con tanta elocuencia referidas, las faenas y contrariedades con tal sublimidad soportadas habíanla cautivado y rendido en

términos de no poder apartar ni la figura de sus ojos, ni la voz de sus oídos, ni los hechos y las hazañas de su memoria, ni los afectos admirativos y cariñosos de su corazón. Anna le respondió por modo natural y lógico lo que cualquier otra confidente le respondiera en su caso, y le dijo cómo aquel su amor no podía serenarse ya en el mundo sino en propicio y religioso matrimonio bendecido por los dioses y sancionado por los hombres. Al oír esto Dido se airó contra sí misma, por no airarse, cual debía, contra su racional y sesuda hermana. Sus ojos se desencajaron como á impulsos del dolor físico; sus brazos se retorcieron como si la enlazaran entre nudos gigantescas serpientes. Muerto Siqueo á manos de Pigmalión, aquel Siqueo en quien Dido pusiera todos sus amores, y que, vuelto del orco en sombra ó espíritu, había revelado á su viuda riquezas escondidas, mediante las cuales pudo arribar á las playas líbicas y establecer en sus arenas un trono altísimo, no podía ni debía pagar tantos beneficios, dictados por el amor, con otros amores, convidando al tálamo y al solio de Siqueo un extraño, quien por grande y digno carecía para ella de suficientes honores y títulos, como debiera tenerlos todo varón llamado á regir en el ánimo suyo y en la ciudad cartaginesa. Así es que Dido creía, no ya cuestión de dignidad para su nombre y para su alma, cuestión de pudor para su cuerpo, el retraerse á todo nuevo matrimonio, permaneciendo en una inmovible fidelidad, como exigía y demandaba la querida memoria del llorado Siqueo, su primer esposo.

—¿Vas comprendiendo? — le dijo Persio á Lucano.

— Voy adivinando — le respondió éste.

— ¡Tiemblo! — exclamó Tito.

— ¿Por qué? — le preguntó Narciso.

— Porque á lo escabroso llega.

— Confíemos en que saldrá bien.

— De puro bien puede salir mal.

— ¿Temes que sea demasiado explícito?

— ¡Vaya si lo temo!

— Librémoslo todo al cuidado de los dioses.

— Inútilmente Anna — decía Británico — le dirigía reflexiones profundas, le presentaba como cosa de imposible realización el intento de permanecer joven y bella en una soledad eterna, le pin-

taba cómo los afectos á la mujer más atractivos son siempre un cariño maternal y un amor pagado con verdadera correspondencia; inútilmente, repito, le decía cómo las sombras de un alma y las cenizas de un cuerpo no podían llenar los abismos de su corazón; Dido se parapetaba tras los juramentos prestados, y por combatirse á sí misma y vencerse, combatía y negaba cuanto le dijera su adorada hermana. Mas ésta no podía satisfacerse tan sólo para moverla con razones de afección pura y simple; hablábale, como debe hablarse á una reina, de altas necesidades políticas. No obstante su genio superior y su elevada índole, una mujer, con la debilidad y ternura del sexo propio, debía considerar cosa imposible mantener en paz regiones amenazadas por los gétulos, pueblos indomables en la guerra, y los númidas, jinetes parecidos á las ráfagas del huracán, y los barcios, asaltados por furores comparables tan sólo con los furores de la tormenta. Para mayor desgracia, Cartago, alzada en los arenales ardentísimos y circuída por las tribus salvajes, no podía contar con amparo alguno extranjero á causa del odio que Tiro, por el homicida hermano gobernada, profesó de antiguo á Dido y á su ciudad, por haber conducido riquezas exclusivamente suyas al territorio africano. Y en esta situación, cuando hasta el terreno, sobre cuyas arenas Cartago se levantaba, podía sublevársele, encontraba inesperadas armas y súbitos recursos muy bastantes á procurarle preciadas grandezas y á conservar bajo su imperio todo lo adquirido. Dido no consintió en dar por esto su brazo á torcer. Conociendo que, no ya las reflexiones de su hermana, su propia ceguera, voluntaria, de inteligencia, su propio imperioso corazón, le iban imponiendo aquel amor desapoderado hacia Eneas, refugióse con empeño en la religión y pidió á los sacrificios y á los exvotos litúrgicos la victoria que no podía recabar de sus fuerzas naturales. Bajo la techumbre sacra de un templo, al amor del fuego religioso, suspensa con arrobamiento sobre las entrañas recién abiertas de sus víctimas, teniendo una copa consagrada en el sacro altar, pide auxilio divino á los genios superiores para que la socorran y la fortalezcan contra ella misma. Inútil, completamente inútil, toda su apelación. El amor penetra con su fuego hasta en lo interior de sus huesos. Como las ciervas heridas en los prados de Dictea por los pastores de Creta guardan su flecha, y cuanto más

huyen de quien se la dirigiera, más se la clavan en su vientre, Dido pretende huir de su Eneas, y cuanto más á él huye por los consejos reflexivos de su conciencia, más á él vuelve por los impulsos indeliberados é inconscientes de todo su ser íntimo. Así cuanto consigue del sacrificio presentado á las primeras divinidades para que la sostengan y para que la socorran es un llamamiento nuevo á Eneas, al temido Eneas, al rechazado Eneas; temeridad cohonestada con el deseo de allegar algunos consejos suyos y demostrarle los muros y circuito de Cartago á fin de industrialarle del grandor y poder que tiene una ciudad, erigida gracias á las riquezas fenicias aportadas de Tiro y de Sidón, y ampliamente distribuidas por discretas previsiones y por sesudos acuerdos. En efecto, la reina lleva, entre tantas obras como hay allí comenzadas, al huésped; mas, queriendo hablarle de las altas cosas políticas, no sabe cómo componérselas, pues le habla siempre de afectos y le halaga y entretiene con ardientes y sentimentales conversaciones. Ningún coloquio, ningún diálogo dura lo que durar debiera por una ley natural, á causa de las volubilidades con que salta Dido, sin poderlo remediar, desde los motivos más ligados con el gobierno á los motivos más ligados con el amor. Estas conversaciones se repiten mucho con el querido huésped. Frecuentes y largas, cuando la hora de separarse llega todas las noches, Dido no puede conciliar el sueño, y sus ojos y su pensamiento se fijan á una en el hombre á quien acaba de rendir su albedrío contra todo su grado, llamándole señor y soberano de su alma. Con esas industrias propias del amor, siempre que Dido se retira suele llevarse consigo al niño Ascanio y acostarlo en su lecho por la semejanza que tiene con su padre. Dada tal situación, cáensele á Dido las riendas del gobierno, y al caérsele por su triste absorción en los amorosos pensamientos, la fábrica de Cartago se interrumpe. No suben ya las torres, no suenan las armas, no crecen los puertos; todo trabajo queda suspendido, y las moles, que se apilaban unas sobre otras, amenazan desprenderse, aplastando á quienes las habían amontonado. Juno quería divertir de Italia con empeño á Eneas reteniéndolo en Cartago, mientras Venus impelía á Eneas hacia Italia para darle mayor fortuna y pujanza. De aquí un combate mortal entre las dos diosas, combate verdaderamente dramático, pues mientras

la una, Venus, ha sugerido el amor á la reina para que su hospitalidad resulte mucho más afectuosa, su émula ó enemiga Juno quiere aprovechar tal sentimiento para impedir la futura grandeza de Italia y quebrantar el sumo poder del rey Eneas.

— Vuelve á la religión — dijo Lucano.

— Para llegar mejor al asunto — le respondió Persio.

— Lo prepara demasiado — replicaba el poeta.

— No lo creo yo así — decía el satírico.

— Parece ahora un poco descaminado — por su parte decía Tito al absorto Narciso.

— Ya entrará en camino.

— Yo quisiera — Tito añadió — que llegase pronto á las alusiones, y sin embargo, pensando en sus consecuencias, se me abren las carnes.

— A fin de realizar mejor sus propósitos — decía Británico, — la reina de los cielos infundió en él aficiones á fiestas, cazas y divertimientos varios, en que pudieran Dido y Eneas verse para decirse mutuamente sus afectos y quizás tropezar en las soledades y retiros del campo, uniéndose por el nudo indisoluble de su mutua pasión. Así comiézase una ruda fiesta, en que mezclaban los empeños de la caza con los empeños de la pesca. Gran muchedumbre de caballeros masílicos acompaña en su diversión á los príncipes. Aún no habían despuntado los resplandores primeros del alba, cuando ya se veía de pie á la reina, esperada y seguida por todos los potentados y por todos los magnates de su reino. Apuesto caballo, resplandeciente de oro y ceñido de púrpura, en la puerta del palacio aguarda impaciente á la reina, tascando con noble rabia el freno de oro blanqueado por las espumas de su boca. Dido aparece, la clámide tiria pintada por las múrices del mar sirio en su cuerpo, los borceguíes celestes parecidos á los que usaba Diana en sus pies, las cintas y diademas de oro á su cabeza. Eneas la sigue, y el poeta, que celebra y canta estos amores, no sabiendo con quién compararlo, compáralo con Apolo en Delos, su isla maternal, circuido por coros sacros, adorado por sacerdotes que se pintan el cuerpo y danzan trémulos alrededor suyo en misterioso círculo, ceñidas de laureles sus sienes y las flechas de oro en el carcax puesto sobre sus espaldas. Apenas comenzada la cacería, y cuando

las flechas se cruzan en todas direcciones y los gamos y los ciervos en tropel corren, espesa nube obscurece los horizontes, cae sobre la tierra fuerte lluvia mezclada con fríos granizos. Todos los compañeros de caza huyen por los cuatro puntos cardinales en requerimiento de refugio, mientras Dido y Eneas quedan solos en cercana gruta, que al resplandor de la tempestad convierte la demente Dido en templo y tálamo de improvisado himeneo, por ella juzgado en su locura tan divino cual si las más altas potestades del cielo y de la tierra pudieran á una consagrar con nombres santos y legítimos títulos fugitivas embriagueces del sentido y delirios más fugitivos aún, cuyos estremecimientos no lograran nunca la serenidad propia del verdadero amor. Aquel día murió Dido porque nada pudo retenerla dentro de su deber, ni la decencia ni el pudor, y fué osada, en su ceguera y delirio, á encubrir su imperdonable debilidad con la denominación respetable de himeneo. En cuanto la fama llevó por el espacio los ecos de tal suceso, terrible cólera se despertó en Yarbas, caudillo de aquellas tribus y señor de aquellas tierras, el cual, dirigiéndose á los dioses, conjurólos para que castiguen á la mujer extraña, errante por los linderos de aquel su imperio, donde construye á precio de oro en espacios primitivos suyos una ciudad, y cuando le ofrece y le presenta él su fuerte mano, requiriéndola de amores y designándola para esposa suya con ánimo de salvarla y defenderla contra tantas asechanzas, le prefiere al nuevo Paris, circuído por un cortejo de mujeres livianas, coronado por la tiara libia, oliendo á femeniles perfumes, y en su debilidad, incapaz para el combate, siquier ladrón ó raptor de quien debía buscar otras alianzas y enlazarse con otros hombres. Los clamores de aquel bárbaro debieron, á la verdad, hender el cielo y penetrar en Júpiter, cuando éste diputó á Mercurio para que apartase á Eneas del propósito de quedarse fijo en Cartago, y le dijese cómo habiéndole preservado el cielo de las armas y de las teas griegas en Troya y del huracán horroroso en los mares africanos, lo hizo así para que pudiera cumplir sus personales destinos y dar origen á la romana gente. Mercurio, cumpliendo las órdenes de Júpiter, se calza los borcegués alados, que le conducen rápido sobre los mares y las tierras; empuña la varilla milagrosa que sugiere los sueños y evoca las almas; pasa por lo alto del Atlas enorme,

cuyas espaldas sustentan los cielos; y cae sobre los líbicos arenales, donde halla á Eneas ceñido ya con la púrpura tiria y armado con las espadas fenicias. Invisible, pero persuasivo, el dios, reconviene como un remordimiento la conciencia del piadoso Eneas, quien queda inmóvil de horror, pálido el rostro, cerrados los labios, erizada la cabellera, sintiendo cómo los dioses le apartan de aquellos sitios contrarios á su finalidad natural, y le arguyen por aquellos ocios indignos de quien estaba llamado á presidir, según decretos celestes, obra tan colosal como los orígenes y comienzos de la Ciudad Eterna. Pero poco fijo en sus intentos, poco resuelto por su índole y por su carácter, de ánimo perplejo, de ideas ondulantes, no sabe por dónde salir, y ya se le aparece á los ojos febriles el destino malogrado por su culpa, ya la mujer á quien perdiera con sus condenables ligerezas. Por fin resuelve partirse, y llamando á sus compañeros de navegación les encarga con sigilo aprestar los barcos á la inmediata fuga y esquivarse por todos los medios al furor de Dido.

—¿Comprendes, Lucano?

—Comprendo, Persio.

—¿No ves dónde va?

—Ya lo veo.

—Nota cómo Agripina se inquieta.

—Ya lo noto.

—Y cómo el emperador se transporta y extasia.

—Verdad; tienes razón.

—Ya todos ven acercarse la inflexible aplicación del discurso.

—Temerario si lo aplica.

—Tú no podrás decir que sólo hay héroes en las repúblicas.

—¿Cómo engañar — decía Británico — á una mujer amante?

Aunque su poder y su vigilancia de reina en autoridad y en ejercicio no le dijeran todo cuanto necesitaba saber, diríanselo sus profundos afectos y los avizores ojos de su alma. En cuanto lo advierte, un delirio se apodera de sus nervios y enciende su sangre; delirio comparable á la embriaguez impulsora de las bacantes, que les inspira en sus bacanales aquellos sus gritos discordes y aquellos sus desordenados movimientos. Demudado el rostro, destrenzada la cabellera, desceñido el traje, la ira en los ojos, la hiel

en los labios, el resuello de un moribundo que pelea con los asaltos de su agonía en el pecho, Dido corre á la presencia de su Eneas para detenerle con imperio á su lado é impedir aquel viaje, á cuya horrible tristeza no podía, no, sobrevivir la cuitada. El primer adjetivo lanzado al rostro de su ingrato amante, adjetivo muy propio de las acciones que perpetra, es el adjetivo de pérfido. Hiérela en sus más íntimos sentimientos, oféndela con imperdonable ofensa el que haya Eneas creído posible ocultarle un proyecto como el proyecto de su fuga y huir salvo de sus reconvenciones y de sus quejas. Un amor sin límites, un reino sin fronteras, una riqueza sin medida, una mujer sin esperanza ya en el mundo, si después de haber traicionado á su marido Siqueo la deja y abandona en su dolor aquel por quien cometió la traición, debían rendir todo pecho, no helado por la nieve de un desdén sin ejemplo. Aquel hombre, á pesar de sus empresas calmoso, y á pesar de sus guerras tímido, siempre á las precauciones dispuesto y siempre sujeto al dominio de su conciencia y de su pensamiento, ahora, como atolondrado é imprevisor, alza el cable y tiende los velámenes en la estación de los aquilones deshechos, en el tiempo de las tormentas, cuando el rudo invierno todo lo azota y el mar á toda navegación se resiste. Ni por Troya resucitada, ni por sus padres redivivos, ni por los antiguos penates y dioses, ni por toda su raza y gente, se hallaría justificado el abandono, inexplicable de todo punto, dirigiéndose, como se dirigía entonces, á tierras nunca vistas para dominar sobre pueblos desconocidos. Así la reina enamorada, rendida, que había por su Eneas faltado á juramentos fúnebres tan obligatorios y corrido los riesgos de conjurar en contra suya las naciones líbicas, los reyes nómadas y aun los tirios mismos, perdido ya el pudor, vulnerada la castidad que ofreciera como un exvoto á sus dioses, convertido el delirio de un minuto en sacro himeneo con mengua del respeto que debiera guardar á la santidad de su doctrina y al deber que tiene una reina de presentar buenos ejemplos ante sus vasallos, no pide su amor al ingrato, le pide compasión. Si cuando recatada viuda, buena mujer, próspera gobernante, celosa reina, hermanos como Pigmalión se proponían demoler los muros de su ciudad, y vecinos como Yarbás llevarla cautiva por los desiertos á sus tribus indóciles, ¿qué no harían ahora viéndola claudicar y pagada su

enorme culpa imperdonable con el desprecio y el abandono de aquel por quien, demente y ciega, claudicara? ¡Ah! En los rápidos amores, en aquel delirio de su alma no le restaba consuelo ninguno, ni siquiera la prenda carísima de amor que deja el más vulgar de los esposos á su esposa, un hijo parecido á él y destinado á recordar en esta semejanza el antiguo amor.

— Alusión á que no tiene la emperatriz hijos de Claudio — dijo Persio á Lucano.

— Muy lejana me parece y muy sutil tu malicia.

— Pues mira la emperatriz cuán desasosegada está.

— Debe cazar muy largo, porque yo he perdido la pista.

— Pues yo lo veo cerca y muy cerca.

— ¿Qué podía responder á todo esto Eneas? — decía Británico en su discurso, continuando: — El destino antiguo lo encadenaba como á los héroes de la tragedia clásica. Buscaba en su interior medios de servir y obedecer á la esposa cuya pena le partía en mil pedazos el corazón; pero no los hallaba, sumiso como debía estar á los imperiosos mandatos de Júpiter. La hermosura de aquella mujer desolada rendía su ánimo; el recuerdo inextinguible de sus beneficios pesábale con inmensa pesadumbre sobre la conciencia; desde sus sentidos más groseros hasta sus facultades más elevadas le hablaban de sus deberes para con ella; y sin embargo; no podía contrastar la inflexible voluntad omnipotente del cielo, superior á su individual voluntad. Lo único un tanto consolador para él entre las acerbadas reconvenciones, ya de su Dido, ya de su conciencia, estaba en la falta cometida; en que, si bien le llamaba esposo, no había empeñado palabra previa de tal y recibido las sanciones de un verdadero himeneo en aquel delirio de un momento. Como no pudo quedarse allá en su patria para enterrar el despojo sacratísimo de toda su raza y sostener los sacros muros de su Troya renaciente para los vencidos, pues debió ir, obedeciendo las órdenes de Apolo y los oráculos de Licia, en busca de Italia, imposible también quedarse allí en Cartago, como imposible le fuera de todo en todo á la reina volverse de nuevo á Tiro. Roto, fugitivo, desterrado, errante, sin la patria de sus padres, sin el templo de sus dioses, sin el sepulcro de sus progenitores, por la sombra de aquel que lo engendrara y por la suerte de quien él engendró, debía dejar las líbicas